

The Objective - El Subjetivo 07/01/19

que desembocaba en la nueva sociedad contemporánea: la experiencia del nazismo le había hecho convencerse (¡a la fuerza ahorcan!) de que no puede haber yo sin otros.

Sirva el excurso para preguntarse si el protagonista de *Serotonina* sufre al no poder suturar una fisura que el viejo Mann, hace ocho décadas, resolvió en una *complexio oppositorum* a la altura de su tiempo. En otras palabras, ¿cae en la trampa más elemental del pensamiento reaccionario –esto es, idealizar un pasado que nunca existió y pugnar por su retorno-, al uncirse a la nostalgia de aquel tiempo previo al sueño de la libertad total, antes de que la mentalidad económica devastara una supuesta Arcadia doméstica, cuando era objeto de un amor incondicional y desinteresado, “como querían antes las hembras de la tierra”, por decirlo con el verso burlón de Luis Alberto de Cuenca? Decídalo el lector.

No son pocas las cuestiones que plantea esta novela intensa e incómoda, aunque también irregular. Sus puntos flacos no son nuevos en Houellebecq: la trama es endeble, el estilo no es para echar cohetes y el protagonista es de cartón piedra; súmese a ello que, abandonada aquella frescura inicial que cohonestaba sus tarascadas groseras, éstas se vuelven más y más cargantes. Así y todo, *Serotonina* conmueve y da que pensar. El insólito testimonio de fe con que se cierra es, bien mirado, la única salida posible al pesimismo houellebecquiano. Puede que la religión sea el opio del pueblo, pero es también, siguiendo a Marx, el suspiro de la criatura oprimida y el corazón de un mundo sin corazón.